

La reconstrucción y el paro

Por GERMAN BERNACER

La reconstrucción parece en esta postguerra problema mucho más complejo que en la anterior, y quizá no tanto por la mayor destrucción sufrida cuanto por el anodamiento moral que se ha operado. Han quedado los países con su unidad interior rota, aniquilados sus resortes vitales y, por consiguiente, en situación poco favorable para un trabajo eficaz y fecundo; díganlo si no los conflictos sociales que se suceden en todos los países, síntomas de la descomposición interna en que se debaten, a causa de la lucha entre intereses e ideales encontrados. Se ha perdido en los pueblos la conciencia nacional, sin haber llegado tampoco a esa amplia conciencia de solidaridad humana que llevaría a una cooperación internacional capaz de restañar las heridas dejadas por la guerra.

El sentimiento de que los problemas económicos actuales traspasan el mero ámbito económico, para invadir todos los campos del vivir social y de la psicología individual, es tan fuerte que no resulta raro encontrar en las actuales publicaciones de Economía, lucubraciones trascendentes que exceden los linderos clásicos de la ciencia crematística. Ejemplo de ello es un libro reciente del profesor de Iowa, Kenneth E. Boulding, «La economía de la paz» (1), cuya materia se halla bastante por encima de lo que promete su título, y cuyo contenido, que se distingue por la claridad de exposición, merece un amplio comentario.

Para Boulding, la reconstrucción es un caso especial del progreso económico, cuya definición y condiciones se esfuerza en fijar. Estas serían: seguridad de la propiedad, gobierno no arbitrario y flexibilidad en las costumbres e instituciones para adaptarse a los cambios necesarios. La propiedad, condición indispensable para la eficacia del trabajo, constituye un concepto relativo y circunstancial que el capitalismo tiende a restringir cada vez más, mientras el comunismo, que partió de su negación absoluta, se ha visto forzado a ampliar, siempre que ha querido lograr eficiencia en la creación de riqueza. Otras condiciones secundarias del progreso son la frugalidad, que permite la acumulación de capital, y la competencia, que es estímulo del per-

(1) *The Economics of Peace*. Michael Joseph Ltd. Londres, 1946. 15/

feccionamiento técnico; Boulding se muestra opuesto a los llamados «aranceles científicos» y a los precios de «paridad», como propios para acarrear el estancamiento industrial; también se declara enemigo de ese sindicalismo obrero que lleva a constituir monopolios en contra del consumidor.

El tema central que el profesor Boulding trata, es—¿cómo no?—el del paro, la evitación de ese cáncer que se ha convertido en el problema nuclear de la sociedad desde la anterior postguerra. El autor es un keynesiano, y su tesis consiste en que sólo la intervención del Poder público puede evitar la desocupación forzosa, porque el régimen económico actual lleva fatalmente a la depresión o a la inflación, dos males a cual más temible. La única manera, a su juicio, de corregir esto es que el Estado salga al encuentro de los cambios de volumen en la renta monetaria global de la sociedad, que fatalmente tienden a producirse, mediante el déficit o el superávit, según los casos, de los presupuestos públicos. Si los particulares y empresas colectivamente realizan un excedente global en sus presupuestos particulares conjuntos, la renta declina y el paro aumenta; el Gobierno debe paliar esto mediante un déficit presupuestario correlativo. Cuando ocurre lo contrario, esto es, cuando los balances de gastos e ingresos privados arrojan, en conjunto un déficit, un presupuesto nacional en superávit es medio de compensar-

lo. No hacer esto ha sido la causa, al decir del profesor americano, de la deplorable situación en que se halla el Mundo.

Para dicho autor, los impuestos gubernamentales no tendrían por objeto recaudar fondos, sino corregir las injusticias distributivas y, sobre todo, conjurar las tendencias perniciosas de la economía; incluso admite que los impuestos resulten negativos, es decir, que el Estado pague a los contribuyentes, en vez de cobrarles, si la tendencia a la contracción fuese tan grande y el «multiplicador» (1) tan pequeño, que así lo exigiesen. Por ejemplo, en la depresión de 1929 a 1933, la renta global de Norteamérica se redujo de 90.000 a 45.000 millones de dólares; enmendar esto hubiera requerido un déficit de 45.000 millones en el presupuesto federal, de ser igual a 1 el multiplicador, pero siendo éste superior a la unidad, calcula el autor que un déficit de 20 a 30.000 millones hubiera sido suficiente; de todos modos, como el presupuesto en 1933 era tan sólo de 5.000 millones, se hubiera necesitado dar de 15 a 25.000 millones de dólares en subvenciones al contribuyente. Esto podrá sonar, quizá más que a revolucionario, a cosa un poco extraña en oídos conservadores, pero no es otra cosa que la generalización del sistema de primas e indemnizaciones particulares que ahora se utiliza esporádicamente; Boulding cree que, si nos parece asombroso, es simplemente por ser algo demasiado fuera de lo acostumbrado.

Todo ello se basa en una tesis keynesiana muy conocida de los curiosos de la teoría económica: para evitar el paro, hay que aumentar el consumo, el consumo y la capitalización (cuya suma forma la renta nacional cabalmente), pero la capitalización depende en el fondo del consumo también, y se halla ligada a la renta por la propensión a consumir. Si la renta resulta baja, es porque, dada una cierta capitalización posible, no hay bastante consumo para absorber el total de renta teóricamente realizable, y a fin de aumentarlo, se necesita incrementar la renta disponible de los particulares, con lo cual éstos elevan su consumo con arreglo al coeficiente determinado por la propensión a consumir. Todo esto parece estar demasiado apoyado sobre inducciones excesivamente apresuradas. Podrá ser o podrá no ser, más bien me parece que no es, pero el keynesismo es una doctrina que, después de sus primeros choques con las ideas corrientes al ser predicado por su autor primeramente, se ha esparcido por el mundo como un nuevo evangelio. El descrédito de las antiguas teorías económicas, en cuya fe comulgó el propio Keynes en los comienzos de su carrera, había dejado al mundo económico huérfano de toda doctrina, lo que explica la acogida que ha encontrado al fin esta nueva fe, que bien ha de menester ser sometida a un control de la razón, más detenido del que suelen hacer sus partidarios, antes de lanzarse en un camino que, de resultar equivocado, tendría las más graves consecuencias para la economía del Mundo, y quizá también para otros órdenes superiores de la vida social.

(1) El multiplicador es, como se sabe, el coeficiente de crecimiento de la renta para una inversión dada, y según Kahn-Keynes, sería siempre mayor que la unidad.